

## Introducción

Quienes trabajamos en el campo de la conservación preventiva de los materiales etnológicos acogemos con interés la posibilidad de dar a conocer las experiencias que hemos adquirido en la práctica cotidiana. Por un lado, se nos brinda la oportunidad de hacer aportaciones en relación al tratamiento que requieren estos materiales a la hora de exponerlos. Por otro, nos permite contribuir a la difusión de un patrimonio cultural íntimamente ligado a la vida cotidiana de la sociedad, a menudo poco valorado y desconocido por buena parte del público.

A simple vista, *exponer* y *conservar* son dos términos antagónicos. Si exponemos, hay degradación; si conservamos, no hay exposición.

Pero la exposición del patrimonio ha sido, es y será uno de los objetivos de toda política cultural. Es una de las acciones más efectivas por lo que respecta a la formación y educación de la sociedad. Además de una excelente herramienta pedagógica, la exposición lleva implícita la difusión de un patrimonio que, no lo olvidemos, se conserva gracias a los impuestos de los ciudadanos. Es, sin duda, una forma de aproximar los bienes culturales a sus legítimos propietarios.

La exhibición de patrimonio etnológico es hoy una práctica habitual, no solo reservada a los museos de antropología. Estas colecciones están en gran medida ligadas al territorio que las produce y constituyen un excelente vehículo para explicar y recuperar saberes, vivencias y acontecimientos de una comunidad. Son testigos silenciosos, pero muy elocuentes de nuestra historia cotidiana. Con frecuencia, las iniciativas privadas son directamente responsables de la recuperación y salvaguarda del patrimonio etnológico, en un afán de traspasar a las generaciones futuras el recuerdo de un mundo en vías de extinción o ya definitivamente extinto. Podríamos decir que son generadoras de memoria colectiva.

También las exposiciones de los museos de historia experimentan muchas coincidencias con las de etnología. Son discursos conceptuales que a menudo se solapan. La etnología no deja de ser la historia de la vida cotidiana, la historia en minúsculas.

En la mayoría de museos locales o comarcales encontraremos gran cantidad de patrimonio etnológico. Con frecuencia, estos centros conservan también materiales arqueológicos y especímenes de ciencias naturales. Ello les permite presentar la evolución de sus formas de vida teniendo en cuenta el entorno natural, directo responsable de su sistema económico y social.

En el patrimonio etnológico se incluyen también objetos que provienen de culturas lejanas. Del mismo modo, forman parte de la vida cotidiana de pueblos remotos y sirven para explicar la cultura que los produce. Cacharros, útiles de trabajo, vestimenta, objetos religiosos, etcétera. Muchos de ellos tienen una gran fuerza estética y son codiciados por los coleccionistas de arte. Por esta razón tienen un gran valor en el mercado. De hecho, se acostumbra a denominarlas como arte etnológico, y como piezas artísticas son tratadas, con independencia de su interés etnológico y antropológico.

Dejando a un lado este grupo de piezas consideradas artísticas, en su mayoría son objetos corrientes, hechos y usados por gente corriente y carecen, por lo tanto, del aura sagrada de las obras de arte. Con todo, muchos tienen una belleza incuestionable. Otros constituyen lecciones magistrales de diseño autodidacta provenientes de gentes anónimas o son ejemplos de aprovechamiento de los recursos naturales del medio.

Estas colecciones, ya sean de procedencia lejana como de nuestro entorno más próximo, ofrecen un abanico amplísimo en cuanto a materiales, tipologías y dimensiones. Esta gran riqueza es también una complejidad añadida a la hora de exponerlas, sin importar cuál sea la categoría que se les adjudica: artística, etnográfica, histórica o puede que todas a la vez...

Por qué, para qué, para quién exponemos y sobre todo qué y cómo lo exponemos. Preguntas que siempre se plantean ante un proyecto expositivo.

Los retos a que se enfrentan conservadores, diseñadores y comisarios son diversos. Por un lado, la diversidad de las colecciones etnológicas, sus peculiaridades en cuanto a fragilidad de materiales, que requerirán determinados sistemas de exposición. Por otro, el concepto. Las exposiciones de etnología explican e interpretan historias, procesos, acontecimientos. Hablan también de identidades. Y esto es complejo, polémico a veces, porque casi siempre tratan de historias de un pasado reciente que afectan a la comunidad.

No hay que olvidar tampoco el cambio experimentado en los museos de ciencias sociales, como consecuencia de la globalización y de las necesidades de los nuevos públicos. Estos centros han variado sensiblemente los objetivos tradicionales para ofrecer un espacio de reflexión y debate sobre el acontecer de nuestro tiempo.

---

Esta monografía pretende ser una guía útil, no solo para museógrafos o profesionales del mundo de la conservación y de la restauración, sino también para aquellos que, desde puestos de responsabilidad en municipios pequeños, áreas de cultura o de educación, asociaciones, etcétera, proyectan y realizan —generalmente con presupuestos exiguos— exposiciones de un patrimonio ligado al territorio y a las gentes que viven en él. Un patrimonio que conecta íntimamente con algo tan sensible y complejo como es la memoria histórica de una comunidad.